

ANJA DE JAGER

CASO
CERRADO:
ASESINATO EN
ÁMSTERDAM

Título original: *A Cold Death in Amsterdam*

First published in the English language in the United Kingdom in 2015
by Constable, an imprint of Little, Brown Book Group.

Primera edición: 2018

© Anja de Jager, 2015

© traducción: Carmen Terner Lorenz, 2018

© de esta edición: Algaida, 2018

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-76-0

Depósito legal: SE. 62-2018

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Capítulo 1	11
Capítulo 2	19
Capítulo 3	39
Capítulo 4	47
Capítulo 5	59
Capítulo 6	73
Capítulo 7	81
Capítulo 8	87
Capítulo 9	99
Capítulo 10	113
Capítulo 11	127
Capítulo 12	151
Capítulo 13	175
Capítulo 14	189
Capítulo 15	197
Capítulo 16	215
Capítulo 17	235
Capítulo 18	251
Capítulo 19	263

Capítulo 20	281
Capítulo 21	287
Capítulo 22	295
Capítulo 23	309
Capítulo 24	315
Capítulo 25	325
Capítulo 26	343
Capítulo 27	355
Capítulo 28	365
Capítulo 29	377
Agradecimientos	393

Voor mijn vader

Para mi padre

CAPÍTULO 1

AQUELLOS MINUTOS QUE SE IBAN LENTAMENTE A LA espera de que apareciese la ambulancia no parecían reales. Mientras tanto, lo único que conseguía hacer era concentrarme en detener la hemorragia.

No tenía que entrar en la gasolinera, pero las luces tan brillantes ya me habían llamado la atención a un kilómetro de distancia y pensé que tal vez allí podría encontrar algo de compañía y calor en una noche tan fría. Aunque solo estaba a unos diez minutos de casa, miré el indicador del nivel de combustible y el tanque medio vacío me pareció una excusa más que suficiente para entrar. Puse el intermitente. Eran las dos de la madrugada y la carretera estaba desierta, pero fue un acto reflejo, un gesto dictado por la memoria muscular y no por un pensamiento concreto, al igual que el coger el bolso y enfundar la pistola.

Al salir del coche me quedé helada. Cada vez que respiraba se me formaban nubes de vaho delante de la boca. Un escalofrío me recorrió el brazo en cuanto puse la mano

en la tapa metálica del depósito de gasolina. Si me hubiera quedado allí más tiempo, la mano se me habría quedado congelada pegada al coche. Introduje la pistola del surtidor con la otra mano metida por debajo del brazo.

No solía salir del coche durante aquellos paseos nocturnos que me llevaban de un extremo al otro del país, aunque en los Países Bajos eso tampoco es que quisiera decir nada: desde mi casa, en Ámsterdam, se tardaban dos horas en llegar a la frontera alemana; a una hora estaba Bélgica, y con cuarenta y cinco minutos de camino hacia el norte terminaría en el mar, de forma que intentaba limitarme a una hora, con el ruido del motor como única compañía en la oscuridad de la carretera. Normalmente, eso era suficiente para ayudarme a dormir al volver a casa. Cuando tenía una de esas noches no podía quedarme en el piso. Tenía que salir. Me habían aconsejado que siguiera una terapia, pero me negué. Si hubiera aceptado, habría tenido que hablar de todo aquello. Contárselo a alguien habría sido como volver a vivirlo, ¿y qué sentido tenía, si yo lo que estaba intentando era olvidar?

Mientras veía correr los números del surtidor por fin empecé a sentirme un poco más tranquila. Hasta habría podido mirarme al espejo sin que me entraran ganas de arrancarme la piel. Aquella era una de mis malas noches.

En ese momento entró otro coche y se paró delante de la tienda. El conductor salió del coche, pero no lo veía bien porque una de las columnas de metal que sujetaban el techo se interponía entre nosotros. Seguramente se había quedado sin tabaco, o a lo mejor él también estaba buscan-

do a alguien con quien hablar. Me di la vuelta para mirar los números que seguían corriendo en el surtidor.

No habían llegado ni a los veinte euros cuando noté la primera sacudida de la manguera. Insistí un poco más para redondear y fui a pagar. El camino de luces se adentraba en la oscuridad invernal y hacía que los charcos de hielo relucieran como diamantes incrustados en el suelo. Ya llevaba unos cuantos minutos fuera y tenía los pies helados a pesar de las botas. Las predicciones meteorológicas preveían nevadas desde hacía varios días, pero no había caído ni un copo de nieve. Lo único que seguía cayendo era la temperatura. Con los cielos despejados, estábamos a punto de llegar a menos diez grados y todavía haría más frío al rayar el alba, en esos momentos de soledad que transcurren antes de que el sol amanezca y nos traiga un nuevo día.

Apreté los puños dentro de los bolsillos para que las manos me entraran en calor y me sentí inmensamente agradecida cuando se abrió la puerta automática y me recibió una oleada de calor junto con una versión moderna de *Noche de paz*.

El hombre que estaba detrás del mostrador —joven, tal vez estudiante— se volvió hacia mí y me miró de tal forma que me quedé donde estaba. Vi al otro hombre, con una mano metida en el bolsillo. Llevaba un pasamontañas, por lo que solo se le veían los ojos. Me habría gustado poder verlo mejor cuando llegó.

—No te muevas —me advirtió.

Me quedé quieta. La puerta automática volvió a abrirse y a cerrarse con un chirrido seguido por un chorro de

aire helado que me alcanzó el cuello. No me moví. Pero cuando se abrió y se cerró otra vez, di un paso hacia delante.

—He dicho que no te muevas.

Señalé hacia atrás.

—La puerta.

Asintió, con la mano todavía en el bolsillo, y se dirigió al chico del mostrador.

—Dame el dinero y nadie saldrá herido.

Al oír esas palabras tan trilladas estuve a punto de sonreír, pero no lo hice.

—Soy policía —le espeté—. Estás detenido.

Lo dije totalmente tranquila y no perdí la calma ni cuando el hombre sacó una pistola del bolsillo y me apuntó. Con el rabillo del ojo vi que el dependiente se agazapaba detrás del mostrador y escondía la cabeza detrás de un árbol de Navidad de plástico.

—No lo hagas —le dije—. Tira la pistola y acércate despacio.

Bamboleó la pistola apuntando a todas partes. Debería haber usado la otra mano para sostenerla.

—Solo te quedan dos opciones, tirar la pistola o dispararme —añadí.

Todos los manuales me habrían dicho que tenía que seguir hablando. Sin embargo, me llevé la mano a la pistola y abrí el botón de la funda sin dejar de mirarlo a los ojos. Agarré la culata con la palma de la mano. Después de haber pasado unos minutos resguardada sobre la cadera, me transmitió una sensación de calor en los dedos fríos. La saqué lentamente.



El disco de villancicos terminó y la noche volvió a sumirse en el silencio. Me imaginé el impacto de la bala en el cuerpo, el dolor que arrastraría consigo los demás dolores y pondría punto final a todo lo demás. Los acontecimientos de los últimos seis meses, que llevaron al descubrimiento del cuerpo de Wendy Leeuwenhoek, me cruzaron la mente en un instante, todos los errores y complicaciones, con el mismo apremio y claridad de lo que estaba pasando en aquel momento en la tienda de la gasolinera. Hice el movimiento muy despacio, levantando la pistola centímetro a centímetro, dándole tiempo a decidirse y dispararme. Quizá debería haberlo hecho más rápido, llevada por una reacción automática. Me miraba fijamente a los ojos. Nos quedamos así unos cuantos segundos en los que toda mi concentración se dirigía hacia la eternidad.

Todo lo que había notado al entrar se esfumó: las postales de Navidad a mitad de precio, las cajas de velas apiladas a un lado, las tabletas de chocolate delante del mostrador y los paquetes de tabaco detrás. Solo era consciente de sus ojos, que me miraban desde el pasamontañas negro. Hasta el ruido de los latidos del corazón contra el pecho se me hicieron lentos, por más que tuviera que tener el pulso acelerado. Respiré hondo.

Cuando por fin salió la bala, sonó como una explosión en el silencio. Me chirriaron los oídos. Olía el humo, pero no sentía nada. Por un segundo pensé que la adrenalina estaba manteniendo a raya el dolor y esperé a que estallara la agonía. Miré hacia abajo y vi que había fallado. Solo estaba a unos metros de mí y no me había alcanzado.

Apreté el gatillo y le disparé en el brazo. Era una maniobra de manual: la mano izquierda debajo de la muñeca derecha para estabilizar el arma. No era difícil desde aquella distancia. Dejó caer la pistola con un gesto que parecía de alivio y se dejó caer de rodillas. Di tres pasos hacia él, me incliné, le cogí el brazo con la mano izquierda para tapar la herida y le pedí al chico de detrás del mostrador que llamara al 112. Después de enfundar la pistola, sin dejar de ejercer presión sobre la herida, le quité el pasamontañas y le vi los rizos rubios. Era muy joven, tal vez un niño. ¿Por qué no le había dejado intentarlo otra vez? De pronto me pregunté si el chico de la tienda había corrido realmente algún peligro.

El niño quería decir algo y le leí sus derechos. Me dijo su nombre: Ben van Ravensberger. Le dije que se le asignaría un abogado. Intenté que no hablara porque no quería oír lo que tenía que decir. Pero él siguió insistiendo:

—¿No sabes quién soy? Mi tío es famoso.

Esperé unos diez minutos que se me hicieron una eternidad hasta que me empezaron a doler las piernas de estar agachada a su lado y la voz se me puso ronca de hablar sin parar. Le hice un torniquete en el brazo para detener la hemorragia. El chico de la tienda llamó a la ambulancia, pero fue incapaz de hacer nada más. Estaba pálido y conmocionado, y las manos le temblaban demasiado como para poder ayudarme con Ben.

Se oyó el sonido de la ambulancia e inmediatamente me sentí aliviada: por fin podría apartar la mirada del niño. Los paramédicos ocuparon mi lugar, lo vendaron y lo sacaron en una camilla, aunque solo por precaución. Uno de ellos



me dijo que no era más que una herida superficial y que se recuperaría bien. Mis compañeros se reunirían conmigo en el hospital. No tenía por qué preocuparme: él me había disparado primero, la bala seguía incrustada en la pared de la gasolinera y yo había seguido el procedimiento establecido.

Seguí a la ambulancia en mi coche hasta el Slotervaart Hospital de Ámsterdam, caminé al lado de la camilla mientras cruzábamos los pasillos y esperé con Ben hasta que llegaron los médicos. Hacía más calor allí dentro, pero no me quité el abrigo porque debajo solo llevaba la parte de arriba del pijama.

Ben no paraba de hablarme de su tío famoso.

Yo no quería seguir escuchándolo.

—Estoy estudiando Derecho —dijo—. Esto es un error.

—En este momento, ya te puedes olvidar del derecho.

—Pero le podría contar una cosa que...

—¿Qué hacía un estudiante de Derecho asaltando una gasolinera? —lo interrumpí.

Se empeñaba en cogerme la mano como si fuera su madre y le rodaban las lágrimas por las mejillas.

—¿No podemos llegar a un acuerdo? Yo le podría contar...

—No hables ahora. Ya se lo contarás a mis compañeros después.

—Mi tío es muy famoso, pero ha matado a alguien —dijo mirándome a los ojos—. O por lo menos eso dijo —añadió balbuceando.

No le contesté. Me quedé sentada a su lado, cogiéndolo de la mano, hasta que se lo llevó la enfermera.